

Contribución a una determinación del hecho social

M. Rabaud ⁽¹⁾ en un artículo muy documentado estudia el fenómeno social en las manifestaciones colectivas de las “sociedades” de insectos y otros. El procedimiento no es ortodoxo. En “Les formes élémentaires de la vie religieuse”, Durkheim después de haber admitido la originalidad del hecho social, afirmaba su absoluta irreductibilidad (p. 92) y rechazaba toda analogía con las sociedades animales. ¿No sería esto sobre todo porque temía los abusos del organicismo spenceriano? Pues, ¿en efecto, no le vemos admitir con las “Sociedades animales” de Alfred Espinas, la definición de la sociedad como “une seule vie à plusieurs”? Sin embargo, no utiliza las observaciones de las sociedades animales. Y pide sus comparaciones a los fenómenos químicos, en que se ve a un cuerpo absolutamente nuevo nacer de la combinación de dos cuerpos distintos. Comparación que no nos aporta nada para una comprensión más profunda del fenómeno social.

La observación directa de la sociedad humana no nos informa nada. En efecto, ¿cuáles son las influencias que obran sobre el individuo? Estas influencias del exterior en un ser vivo son dobles: cosmológica y biológica. Por biológico parece que Rabaud entiende: todo lo que es influencia de lo vivo sobre lo vivo, de lo “carnal” sobre lo “carnal”, y por cosmológico, todo el resto. En el hombre es muy difícil distinguir la parte de lo cosmológico de la de lo biológico, pues no se puede aislar en las condiciones necesarias para una observación rigurosa estas dos influencias en una persona humana. Las tentativas de Taine no prueban más que

(1) Et. Rabaud — Phénomène social et manifestations collectives — Journal de Psychologie — Mars - juin 1934.

un hecho, pero no lo penetran, y la "Historia de la literatura argentina" de Ricardo Rojas es forzosamente arbitraria: ambos casos provienen de un traspaso de la noción de individuo a la noción social, exactamente lo que ocurre en el fenómeno del nacionalismo y del racismo, que, lejos de ser fenómenos sociales, son fenómenos de orden individual, en definitiva. Y es curioso el que aquí se podría utilizar el pensamiento de Croce en su "Historia de Europa en el siglo XIX". Estas notas nos introducen a una distinción propuesta por Rabaud mismo en el "Bulletin Biologique" (1927). En todo fenómeno colectivo hay las sociedades y hay las muchedumbres. Las muchedumbres son una reunión bajo una influencia exterior, reunión que se dispersa así que caduca la excitación exterior; las sociedades son una reunión que proviene de la intertracción de los individuos los unos sobre los otros. La distinción es importante y nueva.

En posesión de estos datos: influencias cosmológicas, influencias biológicas, reunión - muchedumbre, reunión - sociedad, notemos que los animales son para nosotros un terreno de observación excelente, a condición de evitar el antropomorfismo y el teromorfismo. En efecto, entre los insectos, por ejemplo, existen los "neutros", larvas recién nacidas, y se puede comparar su comportamiento con el de la hembra fundadora; existen ejemplos de colaboración que se pueden analizar, etc. Además, existen los "solitarios". Si los comportamientos de estos son idénticos a los de los animales "sociales", no es dudoso que la sociedad no intervenga en estos últimos en los comportamientos dados.

Podría plantearse una cuestión aún: ¿de dónde proviene este hecho de la intertracción? Sería azaroso dar una solución hoy.

Si se estudian las sociedades animales, se observa que lo "social" se comporta exactamente como si fuese solo, como el "solitario". Y entre los solitarios, la totalidad de los casos que cita Rabaud, pueden referirse a dos:

sea de los movimientos de muchedumbre
sea un reflejo puro

He aquí dos ejemplos que nos parecen más característicos y los más claros entre la rica colección que presenta Rabaud.

Ejemplo de movimiento de muchedumbre:

“En diversas ocasiones, viajeros o cazadores han señalado que rebaños de gabelas o de antílopes son, en alguna medida, cuidados por uno de ellos, el cual velaría y daría la señal de huida a la menor alerta. Lo mismo, una tropa de elefantes se colocaría bajo la guardia del “más anciano”, quien caminaría tanto delante, tanto detrás de la tropa. Seguramente la observación corresponde a algún hecho positivo: pero se trata, sin duda, de observaciones guiadas por las ideas corrientes, de tendencia antropomórfica, que sugieren la necesidad de un guardia y la confían al “más anciano”, es decir, al más experimentado: estas indicaciones constituyen otras tantas hipótesis que no han sido verificadas nunca. Además, la interpretación implica un proceso psicológico muy complejo, que nada autoriza a admitir entre animales muy obtusos. Deberían poseer un sentimiento del peligro — del peligro colectivo — y una capacidad de deliberación que concluyese encargando a uno de ellos una misión de vigilancia; deberían poseer también sentimientos altruistas ligados a la naturaleza del grupo... cosas todas poco compatibles con lo que conocemos de los rumiantes y de los proboscídeos” (p. 377). Hablar de “adiestramiento” por la experiencia, hasta si se lo admite, implicaría un sentimiento de la relación lógica en los animales, que nada nos autoriza a considerar como verificado. “El conjunto de los hechos conocidos no conduce a pensar que un animal, aunque sea un mamífero, se interese en sus semejantes, que tenga por ellos la menor solicitud... (p. 377). Se trataría en el caso del ‘vigilante’ de un puro caso emocional que se propaga bajo el efecto de un choque exterior a toda la tropa. Estado comparable al estado de pánico. “Uno de los individuos colocados a orillas de la tropa recibe el primero una excitación, reacciona el primero y ejecuta el primer movimiento. Por esto mismo, él excita a sus vecinos inmediatos y provoca sus reacciones. Del uno al otro la excitación se propaga: movimiento de muchedumbre y no organización social” (p. 378)

Ejemplo de reflejo puro.

“Dos hormigas (“rousses”) “cinchan” por una mariposa — una Falena — recién nacida, de blando y húmedo tejido, de alas no desplegadas. Agarradas la una (A) a la cabeza, la otra (B) a la

extremidad posterior, tiran en sentido inverso, B, esbozando un movimiento envolvente. La más fuerte A, arrastra muy lentamente el conjunto desde su lado. Después de haberme dado cuenta de la situación, corto con la tijera la Falena en dos: enseguida A continúa su marcha sin desviarse, simplemente con una velocidad mayor, B arrastra su carga en sentido inverso pero vacila en su paso; se detiene por instantes, vuelve a marchar, vuelve a la dirección de A, reviene un instante atrás, luego a la derecha, luego a la izquierda; finalmente, vuelve y se dirige en la dirección de A, sin vacilar, hacia el hormiguero común, a algunos pasos de allí. Se reconstituye fácilmente la serie de acontecimientos: los dos insectos han asido la misma mariposa, independientemente e ignorándose el uno al otro; el uno marcha reculando hacia el hormiguero, el otro no puede llegar a él más que efectuando una rotación de 180°; en consecuencia, el segundo contrarresta la acción del primero, sin desviar sensiblemente su dirección; él mismo, al contrario, se entrega a esfuerzos que le despiazan a la izquierda o a la derecha y lo desorientan; luego, tira casi al azar; luego no volverá a encontrar su dirección sino después de algunos tanteos. Nada subraya mejor la ausencia de ayuda mutua” (p. 356).

Es de esta manera como hay que interpretar los famosos “intercambios”, comprobados simultáneamente en 1903 por R. du Buysson y Ch. Janet, y considerados como determinantes en la vida social por Roubaud en 1916 y por Wheeler en 1918, hasta el punto de que han querido calificarlo con un término propio, proponiendo Roubaud el de *oecotrofobiosis* y Wheeler el de *trofalaxis*. Sin embargo, si uno reflexiona sobre esto, no son sino puros reflejos individuales. Entre adultos, el famoso intercambio no es más que un raptó. “La oferta no ocurre más que frente a las larvas: así que una abeja tiene en sus mandíbulas un fragmento de sustancia alimenticia, está animada de un movimiento de repulsión muy vivo; con un paso inquieto recorre el nido y se inclina sobre algunas larvas que ella alimenta. Pero el movimiento de propulsión se produce hasta si todos los alvéolos están vacíos” (p. 350). Estos hechos deben ser considerados “como hechos individuales en que no entra ninguna representación especial relativa

a la actividad y a las necesidades de los grupos” (p. 350). Además, se producen entre “solitarios”. “Y si esos intercambios... son favorecidos por la vida en común, no se puede verdaderamente decir que mantengan con ella relaciones de causa a efecto: la explotación del néctar de las flores lo demuestra de la manera más clara” (p. 373).

En el mismo sentido hay que interpretar la famosa “división del trabajo” de Darwin y de algunos otros después de él, nacida de la “grande y estéril idea de la concurrencia vital” (p. 362). Mientras que es todo lo contrario. “Lo propio del fenómeno social consiste en que, justamente, reúne animales muy semejantes entre sí. Si estos animales, en razón de su similitud, entrasen en concurrencia inmediata y se destruyesen entre sí, toda sociedad habría desaparecido desde hace largo tiempo. ¿Qué impide, en efecto, que animales apenas reunidos se precipiten los unos contra los otros? En realidad, el punto de vista darwiniano, aceptado por Durkheim (*Division du travail social*, 4ª. ed., p. 248) es un punto de vista estrictamente humano, que por una curiosa vuelta pasa de los hombres al conjunto de los organismos y de éstos vuelve a los hombres para explicar sus manifestaciones sociales. Seguramente, se elevan competiciones entre los miembros de las sociedades humanas mucho más frecuentemente, quizás, que entre los miembros de las sociedades animales. Pero, y allí reside el error profundo, la vida social no provoca la división del trabajo, ni entre los hombres ni en los otros animales. En toda circunstancia, las necesidades esenciales subsisten, necesidades materiales de primera necesidad que arriesgan el levantar conflictos entre los individuos “especializados” o no. Se argüirá que se establecen intercambios y que, mediante un servicio prestado, ciertos individuos proveen a las necesidades materiales de los otros: es ésta una concepción teórica que no se apoya casi sobre los hechos” (p. 363). “Todo ocurre, otra vez aún, como si cada individuo trabajase solo, viviendo, en cierta medida, aislado en medio de sus semejantes” (p. 362).

En el mismo sentido hay que interpretar el lenguaje de los animales. “Luego de numerosos ensayos, Lubbock fué inducido a pensar que las hormigas no tienen más que medios muy limitados de comunicarse entre sí. Esta opinión debe extenderse a to-

dos los animales... Pues, cualesquiera que sean nuestros procedimientos de investigación, no ponen en evidencia nada que se parezca a un lenguaje. Las observaciones de Lubbock se reducen esencialmente a ésta: después de haber privado de aliento a un nido de *Lasius Niger*, se coloca en presencia de un poco de miel a uno de los habitantes; éste come y vuelve al hormiguero. Durante el camino encuentra a otro *Lasius* que se acerca a él y lo lame. Este primer individuo vuelve a la miel; vuelve allí solo y repone varias veces el mismo comportamiento, pero solamente cinco hormigas lo acompañan a la miel. Substituyendo la miel por uvas o por pulpa, se obtiene el mismo resultado. Lubbock concluyó que las hormigas se siguen en la pista, por el olfato, sin otro lenguaje, conclusión que concuerda con todos los hechos conocidos. ¿Pero se puede decir que se trate de un modo de comunicar? Simplemente el olor de la miel atrae a las hormigas, como atrae a otros animales solitarios. Cada una descubre la miel individualmente” (p. 385).

Hay que concluir.

Se observa entre los animales una sinergia. Esta sinergia no es cooperación, ni visión del grupo, sino simplemente una interatracción.

1 — Los movimientos colectivos en los animales no implican ningún “gobierno”. La simultaneidad ‘resulta de que movimientos idénticos se efectúan de manera sincrónica por efecto de un excitante externo o de una interatracción, de suerte que, siempre pareciendo que trabajan en equipo, sin embargo, cada individuo ejecuta un trabajo solitario’” (p. 391). La simultaneidad cesa desde el momento que cesa en los animales del mismo grupo la excitación externa idéntica para todos.

2 — Ninguno de los miembros de la sociedad trabaja directamente para la sociedad. Cada uno “trabaja aisladamente en el sentido de las influencias que le impulsan e independientemente de los resultados. Contrariamente a las afirmaciones corrientes, los hechos no permiten decir que el grupo constituye un organismo superior provisto de cualidades propias y de reacciones especiales. En realidad, todo individuo es tomado en el conjunto de

las intertracciones, en las que toma parte cada uno con el mismo título... Desde este punto de vista, concluimos en un individuo estricto" (p. 393).

¿Pero hay una diferencia de naturaleza entre las sociedades animales y las sociedades humanas? Durkheim la hace residir en el hecho de que el hombre nace en un medio ya preparado para recibirle. Pero ocurre lo mismo con el animal; aparece en un medio que tiene ya sus costumbres. Sin que sufra constrictión de parte de esas costumbres, pues el animal aislado se comporta como el animal social. ¿Y este individualismo no está en el fondo de las sociedades humanas? El hombre se comporta respecto a la sociedad en función de lo que los otros hombres puedan hacer en pro o en contra de él.

Sin embargo, hay una diferencia. Mientras que las sociedades animales carecen de coordinación, la sociedad humana está jerarquizada. ¿Pero el hecho de que las sociedades animales se mantengan no indica que la jerarquización es más un fenómeno agregado que un fenómeno esencialmente social? Lo cual no significa que la organización sea superflua. Pero Rabaud se coloca en el punto de vista de la observación científica, y desde ese punto de vista me parece que estamos en derecho de concluir que el único fenómeno específicamente social es el de la intertracción entre individuos cerrados, en definitiva, los unos a los otros. Lo que luego viene por las influencias y el lenguaje no hace más que acentuar esta intertracción primitiva.

El interés del estudio de Rabaud me parece que está en que ha delimitado así con precisión el objeto propio de la sociología con la distinción que le es propia entre reunión de muchedumbres y reunión de sociedades.

Personalmente, no haríamos más que una objeción, colocándonos en el terreno mismo del método y de la observación empleados por Rabaud: en el análisis de los hechos hay una utilización que nos parece confusa de los conceptos de sociedad y de los de muchedumbre. Parece que, por una parte, Rabaud quiere probar que la sociedad es solo intertracción, y, por otra parte, los hechos parecen inducirnos a pensar que el hecho primitivo social es muchedumbre. Es cierto que se puede pensar también que la reunión

muchedumbre no puede producirse más que en una sociedad ya formada. (1).

En efecto, parece que el designio del autor sea, ante todo, el de determinar que solo la interacción es la esencia de las sociedades y el de distinguirla lo más posible de la reunión muchedumbre. Por ejemplo, el pánico en una tropa de elefantes es un fenómeno muchedumbre; toda idea de organización social debe ser rechazada en este caso; no hay que considerar el "vigilante". La única cosa a considerar es que los elefantes sean conjunto. Si no es para la defensa común, no queda más que el hecho de la interacción. Si he comprendido bien y si es ése el pensamiento director del autor, mis objeciones no significan nada.

E. G.

(1) Se podría decir también para explicar las dificultades de este estudio, que el objeto de Rabaud es el siguiente: refutar a la vez el organicismo spenceriano y el sociologismo de Durkheim, por una parte, y por la otra, circunscribir el problema sociológico a su esencia: la interacción. La confusión en la interpretación de observaciones, entre muchedumbre y sociedad, tan claramente definidas por el autor, nos parece que proviene de que en el empleo del concepto sociedad piensa en el concepto sociedad de Durkheim y no en el concepto sociedad tal como surge de la distinción propuesta por él al comienzo. Lo mismo, su concepción de la "biología" nos parece histórica ante todo. La cual podría inducir a confusión a algunos lectores.